

LA MALDICIÓN DE LOS RECURSOS NATURALES: ¿SEGUIRÁ COLOMBIA LOS PASOS DE VENEZUELA?

Henry Gómez Samper

PROFESOR EMÉRITO DEL IESA

Todo indica que en Colombia se avicina una bonanza de inversiones en recursos mineros y petroleros. Es bien sabido que, en los países en desarrollo, tal bonanza conduce invariablemente a una maldición: la célebre «enfermedad holandesa», mediante la cual la exportación de recursos naturales valoriza la tasa de cambio y desplaza a las demás industrias. Ya Colombia es el principal abastecedor de carbón de Estados Unidos, se ha disparado la producción de petróleo y el peso colombiano es una de las monedas que más se ha revaluado durante el pasado año. Al desencadenarse la bonanza, ¿seguirá Colombia los pasos de Venezuela?

Lo paradójico es que los países donde abundan los recursos naturales —como Venezuela, Arabia Saudí, Nigeria y Angola— tienden a crecer más lentamente que los países que carecen de recurso natural alguno, como Corea, Taiwán, Hong Kong y Singapur.

Colombia no es Australia. La bonanza en ciernes les hace la boca agua a grupos acostumbrados al clientelismo tradicional de la politiquería latinoamericana.

Sin embargo, eso no significa que la maldición de los recursos naturales se cumpla en todo país donde abunden estos recursos. Algunos países, igualmente bendecidos, también disfrutaron de alto crecimiento, como Canadá, Australia y Noruega.

Entonces, ¿por qué ocurre la paradoja? La razón por la que Australia, por ejemplo, cuenta con industrias florecientes que no han sido desplazadas por su producción y exportación de minerales radica en la fortaleza de sus instituciones: su excepcional estado de derecho, sano poder legislativo y férreo control de la corrupción.

Igual ocurrió en Noruega luego de surgir su industria petrolera en los años setenta. El país creó un fondo soberano —como aquel que otrora intentó Venezuela— para apartar buena parte de las ganancias obtenidas. Lo mismo hizo

Chile con el producto de su industria estatal de cobre en los años noventa, lo que permitió al país superar la crisis financiera mundial y hasta ha contribuido a reconstruir instalaciones destruidas por el reciente terremoto.

Colombia es más parecida a Venezuela que a Noruega y Australia en materia de instituciones. Aunque la Corte Suprema de Justicia mostró su fortaleza negándole al presidente Álvaro Uribe su intento de una segunda reelección, tanto en el Poder Legislativo como en el Judicial se encuentran personajes de dudosa reputación —por decir lo menos— y el segundo gobierno de Uribe dio rienda suelta al clientelismo.

Instituciones débiles impidieron que las bonanzas petroleras de las que disfrutaron México y Venezuela logran mejorar en forma significativa las condiciones de vida de sus poblaciones y que estos países consolidaran su desarrollo económico y social. En ambos casos, el abuso de poder por parte de los partidos políticos condujo a incentivar la corrupción entre políticos y burócratas, el crimen y el narcotráfico, y la desaforada inseguridad.

En los países ricos en recursos naturales las instituciones débiles suelen

generar una economía rentista, en la que uno u otro grupo —empresarial, político, sindical o militar— se apodera de las ganancias a manotazos. Quienes despliegan la iniciativa empresarial apuntan a actividades poco productivas, muchas veces por la necesidad de crear su propio empleo. En cambio, en países igualmente ricos pero con instituciones fuertes, las ganancias se aprovechan para premiar a diversas industrias y a los emprendedores abocados a la innovación.

Previo al comienzo de la actual bonanza, Colombia logró impulsar toda suerte de exportaciones no tradicionales, con el objeto de sustituir su tradicional dependencia del café. Su industria de flores —que, por cierto, está siendo golpeada por la revaluación del peso— alcanzó talla mundial, y algunas de las flores exóticas hoy exportadas por

Colombia —fruto de un ambicioso esfuerzo de investigación e innovación— tienen características únicas.

El nuevo gobierno, encabezado por el presidente Juan Manuel Santos con un gabinete de excepción, está consciente del peligro que enfrenta el país, a medida que arrecia la inversión minera y petrolera. Se propone introducir una regla fiscal orientada a prepagar la deuda externa, construir la infraestructura de carreteras y puertos requerida para el crecimiento agrícola e industrial, ahorrar recursos para los tiempos de vacas flacas y evitar que los avispados —como en México y Venezuela— se aprovechen de las ganancias de la esperada bonanza.

Pero Colombia no es Australia. Grupos de interés, acostumbrados al clientelismo tradicional de la politiquería latinoamericana, saben que son muchos los desafíos que enfrenta el nuevo gobierno y habrá montones de acuerdos por trazar. La bonanza en ciernes les está llenando la boca de agua. Saborean las ganancias a su alcance y se aprestan a agarrárselas. A como dé lugar tratarán de evitar que el parlamento apruebe la nueva regla fiscal o, al menos, amoldarla para salirse con las suyas. En pocos años, Colombia podría seguir los pasos de Venezuela. **G**

COWORKING

Guillermo S. Edelberg

PROFESOR EMÉRITO DEL INCAE (COSTA RICA) /
WWW.GUILLERMOEDELBERG.COM.AR

Hace algún tiempo se discutían las ventajas y desventajas de los conceptos de teletrabajo y «estilo beduino»; sobre todo, por lo novedoso que este último resultaba en aquel momento. A principios de 2006, Greg Olsen, un especialista en estos temas, escribía:

Una empresa (de tecnología), si se concentra casi exclusivamente en opciones de infraestructura basadas en servicios, puede llegar a operar como una especie de clan neo-beduino, con sus trabajadores desplazándose como una tribu nómada, transportando laptops y telefonía celular, y capaces de instalarse en cualquier lugar donde hubiera conexión a Internet, sillas, mesas y fuentes de cafeína.